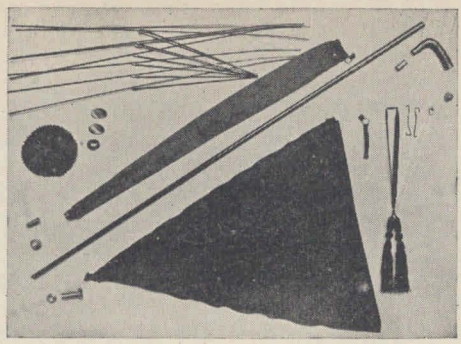
LOS COMIENZOS DE UN PARAGUAS

Aquí vemos cómo se afirma el puño en el bastón del paraguas. El obrero, después de fundir el cemento en la llama, moja en él el extremo del palo, coloca el puño, y lo enfría en una palangana de agua.

Los bastones, amarrados unos con **otros en mazos** de a docena, son enviados al montador, quien les coloca una anilla, o faja de metal, alrededor del puño, y pule las partes brillantes. Colócaseles después el muelle próximo al puño, que es el que oprimimos para abrir el paraguas, y el muelle cercano a la contera, que lo mantiene abierto. El grabado representa un obrero abriendo en el cabo las muescas donde se introducen los muelles.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

Quitasol real asirio.


Diversas partes que componen un paraguas moderno.

Hanway con su paraguas.

HISTORIA DEL PARAGUAS

EL paraguas, como simple variante del quitasol, ha sido conocido desde tiempos muy remotos; hallámosle representado en vasos y pinturas orientales, griegas y etruscas, con tal profusión, que nos induce a creer que su uso era muy frecuente. En los grandes museos pueden verse relieves, como el de un rey de Asiria que llevaba sus soldados al combate cubierto de un quitasol, 700 años antes de Jesucristo.

De Grecia y Roma se introdujo el paraguas en algunos otros países. Los árabes afianzaron su uso en España. Los persas lo asimilaron a su civilización, convirtiéndolo poco a poco en objeto de una industria, en la que el paraguas, perdiendo la forma primitiva del quitasol que le dió origen, fué causa remota de la introducción de este artefacto en Europa, tal como hoy le conocemos.

Pero habían de pasar muchos años antes de que esto sucediera; a mediados del siglo XVI, en la mayor parte de las naciones europeas era enteramente desconocido.

Cuéntase que el primer hombre que se paseó por las calles de Londres con paraguas recibió tan mal trato de los habitantes de esa capital, que bien merece consignarse aquí su nombre. Llamábase Jonás Hanway; había nacido en 1712, y durante su juventud viajó, con fines comerciales, por Persia, Rusia y otros varios países, en muchos de los cuales corrieron serios peligros sus mercancías y su vida; pero él no se asustaba por nada. Habiendo observado cuán inapreciables servicios presta a los hombres el paraguas en aquellas regiones, resolvió utilizarlo en Inglaterra como medio de protección contra las inclemencias del tiempo; y así, cuando ya contaba treinta y ocho años de edad, abrió el primer paraguas usado por hombre alguno en las calles de Londres.

Hanway fué el primer *hombre* que salió en Inglaterra con paraguas, pero no la primera *persona*. Antes que naciera él, las mujeres usaban ya sombrillas; pero hasta entonces se la había considerado como una prenda del exclusivo uso de las damas, como sigue siendo hoy día el velo con que se cubren el rostro; por eso se burlaron de Hanway los londinenses, al verle por vez primera con el paraguas. Era ridículo, decían, que usase un hombre una prenda de mujer. Y, mientras las personas más graves se contentaban con reirse de él a mandíbula batiente, los muchachos le arrojaban tronchos de coles, zanahorias, huevos podridos, y otros proyectiles por el estilo, haciéndole imposible la existencia. La mayor parte de nosotros hubiéramos preferido mil veces calarnos hasta los huesos, que

resistir el chubasco de malolientes huevos y hortalizas que la vista del paraguas atraía sobre la cabeza del infortunado Jonás Hanway.

Los conductores de carruajes de alquiler decían que los paraguas arruinarían su negocio. Otros creyeron que tales artefactos constituían una ofensa contra Dios: si la lluvia no tuviese por objeto el mojar a la gente—decían—no la enviaría la divina Providencia; por consiguiente, nadie tenía derecho a utilizar el paraguas para librarse de ella. Pero Jonás siguió firme en sus trece, despreciando el diluvio de huevos, hortalizas y aguas sucias que le arrojaban, desde las ventanas.—« Pronto será popular »—solía decir; pero no se salió con la suya.

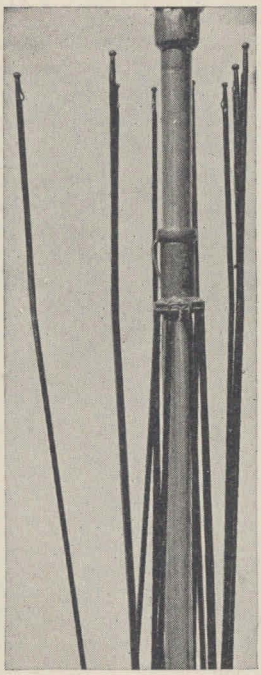
Treinta años tardó aún en generalizarse en Inglaterra el uso del paraguas. Los dueños de posadas y cafés acostumbraban tener uno que utilizaban sus clientes para ir de la puerta al carruaje, y al contrario; y también solían tenerlo en alguna que otra gran casa particular. Cuando se extendió más su uso, decíase que había tres clases de gentes: las que podían sostener carruaje, y no precisaban el paraguas, por lo tanto; las que podían permitirse el lujo de un paraguas, pero no el de un carruaje; y las que llegaban en su pobreza al extremo de no poder tener uno ni otro.

Por fin, adoptado el paraguas en Inglaterra, no tardó en vulgarizarse por los demás países de Europa, y más tarde en América, dando origen a una industria muy floreciente y muy importante en la actualidad.

EL PARAGUAS O SOMBRILLA USADOS EN EL JAPÓN

COLOCACIÓN DE LOS MUELLES Y VARILLAS

El muelle superior es colocado en su correspondiente muesca. Después se clava un pequeño tope en el mango, para evitar que la corredera avance demasiado, y el bastón queda listo para recibir el varillaje.



Después que las contravarillas han sido remachadas a las varillas, son ensartadas en un alambre y acopladas a la corredera. Las ocho varillas son también ensartadas y acopladas a una pieza próxima al ahogador y provista de tantas muescas cuantas son las varillas. El grabado de la izquierda muestra cómo se ejecuta esta operación. En el grabado del centro vense las varillas y contravarillas unidas ya al bastón. Luego las obreras, como vemos en la figura de la derecha, forran con una tira de tela la corona de la corredera donde se han articulado las contravarillas.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

COLOCACIÓN DE LA TELA DE UN PARAGUAS

Terminada la anterior operación se procede a coser en las articulaciones de las varillas y contravarillas, ocho pequeños trozos ovales de tela, para evitar que estropeen la tela de la cubierta.

Se cortan ocho triángulos de tela, se cosen a máquina y se ribetea bien el borde; y colocado un sombrerete de raso de algodón en el extremo de las varillas, procédese a coser la tela sobre ellas.

Se cose luego la tela a las extremidades de las varillas, las cuales, a este efecto, van provistas de pequeños orificios u ojos, y se sujeta después a lo largo de ellas, dándole varias puntadas a intervalos iguales.

Luego, teniendo el paraguas con la diestra, se estira cada nesga con el pulgar de la izquierda y se arrolla la tela con la misma mano, de la contera hasta el puño, haciendo girar el mango en sentido contrario.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

CONCLUSION DEL PARAGUAS

Hemos visto unir el puño a un palo de madera. Sin embargo, cuando el bastón del paraguas, en vez de ser un verdadero palo, es un tubito de metal, que es lo más frecuente hoy día, este es el momento en que debe cortarse dicho tubito, dejándolo a la longitud deseada, como se ve en el grabado; a continuación, se le une el puño.

Si el paraguas tiene bastón de madera, el obrero, con una afilada cuchilla, saca la punta al bastón. Luego ajusta el ahogador, pequeña pieza que tiene por objeto proteger las extremidades de la tela cosidas al disco superior del varillaje; coloca la contera o virola, y el paraguas está en disposición de ir a la tienda.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS